

Le-Franc, como tambien los cirujanos que la habian tratado. Las deposiciones dispensaron de todo proceso ulterior, pues demostraron completamente que la relacion publicada ofendia la verdad asegurando que la enfermedad de esta doncella no tenia remedio, y que la curacion se habia hecho súbitamente en San Medardo: que entre los certificados impresos, unos habian sido sacados por fuerza ó por sorpresa, otros alterados ó falsificados, y que muchos no atestiguaban en manera alguna el milagro siendo los restantes indignos de todo punto de creencia. A mas de esto, dos médicos y tres cirujanos declararon que la enfermedad no era incurable: la misma familia Le-Franc, desaprobó el milagro y desmintió los hechos: otras muchas personas digeron haber visto á esta doncella despues de su pretendida curacion y de haberla hallado siempre en el mismo estado; y finalmente un gran número de testigos sobre los indicados depusieron que los partidarios del milagro se habian servido de importunidades y artificios para sorprender sus firmas ó alterar sus testimonios. En consecuencia de esta informacion y para desengañar á los que la relacion hubiera podido seducir, el arzobispo de París declaró que el milagro era falso y supuesto; prohibió publicar otros y dar religioso culto al diácono París, y condenó un escrito fanático sobre los prestigios de San Medardo.

19. ¿Pero cuándo la voz del pastor se ha visto oida y obedecida en medio de los clamores de una multitud mentirosa ó crédula? El partido sugirió á la doncella Le-Franc que apelase del mandato del arzobispo como de abuso al parlamento; cuatro abogados apoyaron la

apelacion con una consulta, y para confundir el mandato de una manera perentoria se publicaron otros nuevos prodigios, llegando el osado fanatismo á presentar al mismo prelado un memorial suscrito por veintitres curas de París para empeñarle á reconocerlos. Mas no dándose mucha prisa Mr. de Vintimille á responder al memorial, le presentaron otro con las relaciones de trece milagros mas, cuyas pruebas ofrecian suministrar. Se vé pues que los prodigios, ó por mejor decir las imposturas, se multiplicaban entre sus manos; y en efecto sucediéronse con una rapidéz increíble. Veíanse nuevos cada dia, y la maravilla de hoy se olvidaba al dia siguiente por otra mayor. Dábanse relaciones pomposas que se distribuian con profusion en París y en las provincias, las que sin duda salian siempre de un mismo molde, pues la mayor parte no podian haber sido formadas por aquellos á quienes se atribuian, que eran por lo comun gentes pobres, y que léjos de hallarse en estado de componer descripciones delicadas no sabian las mas veces leer ni escribir. Pero lo que hay de mas curioso en estas relaciones, es que los enfermos en el exceso de su devocion é incados sobre la tumba del llamado santo piensan menos en las necesidades de sus cuerpos que en las de sus almas: hablan lisa y llanamente de sus fervorosas oraciones, de su piedad, y dan á entender que no desean la curacion sino para mayor gloria del santo, diácono y confusion de sus detractores. Uno sien- te solamente los males de la Iglesia, llora los estragos causados por la bula *Unigenitus*, declama contra el Papa y los obispos; y estas disposiciones tan cristianas le



obtienen la salud que él no pedia: otro solicita la curacion de un pariente ó de un amigo, y el olvido de sí mismo le merece la suya propia. Por otra parte, ¿qué de contradicciones y cuántas señales evidentes de falsedad no se descubren á primera vista en estas relaciones del mas necio fanatismo? Aquí es un enfermo reducido, si se han de creer sus palabras, á no poder ya marchar, y que no obstante hace legua y media á pie para ir á San Medardo: allá una doncella atacada de una enfermedad secreta de la que se pretende curada, y de la cual sin embargo muere de allí á poco: ora se vé un sordo-mudo que asegura haber recobrado el uso del oído y empezado á hablar bastante bien, y que conducido é interrogado ante el arzobispo no puede responder á ninguna de las cuestiones que se le hacen, y con su silencio confunde sin réplica á los que publicaban el milagro como incontestable: ora es un platero quien refiere „que en el espacio de un mes ha ido todos los dias á San Medardo, que ha sufrido allí mas de doscientas convulsiones acompañadas de extraordinario gozo y devocion, sin hablar de otras muchas emociones violentas que le ocasionaban las reliquias del sepulcro del diácono;” y que añade despues con gravedad que al fin de todos estos saltos ha sido curado, mas que para impedirle que olvidase el beneficio *Dios le ha dejado un dedo paralitico.*

Es tambien muy digno de notarse para acabar de conocer la impostura, que los supuestos milagros sucedian siempre á personas pobres y de la última clase del pueblo. Los saboyanos, las gentes á quienes su trabajo no

les bastaba para vivir, y los mendigos hallaban un expediente muy cómodo para salir de su indigencia suponiendo que eran curados de una incomodidad que jamás habian padecido, ó disimulando que la estaban aun sufriendo, lo cual bastaba para que se les acogiese y proveyese abundantemente á sus necesidades; y no hay duda que las dulzuras de semejante estado merecian á su parecer la complacencia de decir lo que el partido deseaba. Algunas veces (porque de todo sabian aprovecharse) cuando se hallaba un enfermo que principiaba á restablecerse por los medios naturales de cualquiera accidente ó enfermedad, empeñábasele á ocultar este restablecimiento y á prolongar su mal á los ojos del público, hasta que terminada la curacion se pudiese atribuir á alguna peregrinacion á San Medardo ú al tacto de las reliquias de París. Otras veces se empleaba tambien la invocacion del nuevo Santo junto con los remedios del arte, y cuando éstos habian obrado no se hacia memoria de ellos en la relacion para atribuir á la proteccion del Santo el restablecimiento de la salud. Así es que certificaron algunos médicos haber tratado y curado á muchos, que pretendian despues deber su salud á medios sobrenaturales. Todos estos artificios, empleados á propósito por gentes diestras, eran el medio de obtener los prodigios, los que se multiplicaron de tal manera que los tiempos apostólicos no habian visto tantos como se obraron en poco tiempo en Paris. Hubo tambien algunos en las provincias, pero en corto número, pues no eran los medios tan poderosos como en la capital. Esforzaronse asimismo los jansenistas de Holanda para ilustrarse con



algun acontecimiento brillante; y una doncella de Amsterdam fue curada besando la orla del roquete de Barchman, arzobispo cismático de Utrecht, quien hizo formar proceso verbal de esta maravilla obrada por su intercesion.

Para concluir aquí todo lo que concierne á esta materia, y no tener necesidad de volver á hablar sobre un asunto que prueba tanta impostura de una parte como ignorancia y fanatismo de la otra, citaremos uno ó dos milagros, porque es preciso dar una muestra de la habilidad de estos taumaturgos, y conviene detenernos un momento sobre un género de locura que, semejante á una enfermedad epidémica, atormentó tantas cabezas. Examinemos, pues, uno de estos prodigios que se divinizaran en San Medardo, y elijamos el mas famoso, *aquel que escede á todos, que los prueba todos y que solo una ceguedad terrible puede contestar*, segun dice su relacion. Redúcese el milagro al castigo de una muger obrado en el cementerio, y el hecho es como sigue: la viuda Delorme va al sepulcro el dia 4 de Agosto de 1731, habiendo sufrido la noche precedente alguna incomodidad: llega al cementerio abrasada por el extraordinario calor; déjase conducir sobre el sepulcro; recuéstase en él, y queda paralítica. Semejante accidente, sucedido sobre la misma losa que cubria los huesos de París, no era muy á propósito para acreditar su virtud; mas como era preciso desviar el golpe, ocurrióle á uno decir que aquella muger habia ido por burlarse del diácono, y que por lo mismo Dios la habia castigado. Demasiado favorable era esta esplicacion para que no la acogiese la

tirba de entusiastas que llenaba el cementerio: repítela todos al momento; cada uno añade algunas circunstancias: ¡la desventurada, esclaman, la impía que insulta á Dios en la persona de sus santos! mil voces publican que la parálisis es una punicion divina; pero en vez de encontrar pruebas que justifiquen la asercion, se multiplican por instantes en contrario. La muger, conducida al hospital, confiesa á un sacerdote que antes de ir á San Medardo habia tenido presentimientos de parálisis; declara luego lo mismo á otros dos eclesiásticos, y lo repite despues á dos canónigos, asegurando siempre que no habia ido al sepulcro por irrision. No obstante, el partido, que no queria renunciar á la gloria de su santo ni á la aventura que acababa de forjar, rodea á la muger, su lecho es sitiado de gentes que, á fuerza de sollicitaciones, de promesas y de regalos, logran hacerla mudar de language. Arrastrada por las continuas sugeriones, la viuda Delorme desmiente sus deposiciones primeras, ó mas bien las desmienten otros en su nombre. Su confesor, hablando por ella, declara que su parálisis es un castigo de Dios por el espíritu de burla que la condujo al sepulcro, y firma la relacion que él mismo habia formado. Resístese la viuda á firmar, y el concurso continúa á su lecho, relevándose á manera de centinelas para impedirle al menos que retractase lo que se la habia hecho decir por fuerza. Finalmente, para sustraerla á estas importunidades tan perjudiciales á su restablecimiento como á la verdad, dispusieron los directores del hospital trasladarla á una casa de religiosas, en donde se la dejó el tiempo que necesitaba para



restablecerse, y donde, vuelta en sí misma, declaró el 28 de Abril de 1732 á un vicario general de París que no habia ido al sepulcro por irrisión; que la noche anterior se habia hallado incomodada; que una persona (á quien nombró) le habia encargado tuviese la cosa secreta; que otra le dictaba sus respuestas en el hospital, y que la declaracion de su confesor no era verdadera ni hecha á requerimiento suyo. Por donde se vé claramente que *esta punición divina, este golpe terrible de una mano poderosa é interesada en vengar el honor de sus santos*, no fue sino un accidente muy natural disfrazado en milagro por la impostura.

Semejante á éste fue el castigo egecutado, no contra la persona, sino en los bienes de un vidriero, que ocupado en la iglesia de San Medardo en reparaciones de su profesion, y escitado por la vista y gestos pantomímicos de los devotos de París, echóse á reir, y se burló muy á su gusto del Santo y de cuantos le invocaban. Mas furiosos los jansenistas trataron de vengar el honor de su patrono; amenazaron al mofador con la ira del cielo, y procuraron ellos mismos cumplir sus amenazas, rompiéndole á pedradas todos sus cristales, hasta que puso en ello la mano la policia de París. Tales son los prodigios que por mas de dos años tuvieron embaucados á muchos habitantes de la capital y aun de las provincias. Cuesta hoy trabajo el creerlo, y tendríase por una ficcion, si otros egemplos no hubiesen mostrado hasta qué punto puede una multitud ligera y amiga de novedades dejarse arrastrar por hombres interesados en propagar el error, y quanto su misma futilidad la hace susceptible

de las mas vivas impresiones. No se veia en esta época otra cosa que milagros, y París no fue el único que tuvo la reputacion de obrarlos: Soanen, Quesnel, Rousse, Desangins y otros campeones del partido aspiraron tambien á la gloria de taumaturgos; pero ninguno pudo igualar en crédito al diácono, ni dió tanto lugar á la impostura y fanatismo de la secta.

20. Los milagros del cementerio de San Medardo iban ordinariamente acompañados de convulsiones, y aun se dice que no se obraban sino por este medio, de suerte que el sepulcro de París vino á ser un teatro en que se representaban las escenas mas estravagantes. Las convulsiones eran una especie de enfermedad frenética, ó mas bien de impostura vergonzosa, en que se atormentaban los devotos del diácono. Algunos atribuyen el origen de las convulsiones al *figurismo*, manía que de muchos años á esta parte habia llegado á ser comun en la secta, y que inventó el abate d' Etemare, fogoso jansenista, el cual decia haber recibido el don de inteligencia de las santas Escrituras. Fingia ver en el antiguo Testamento una figura de todo lo que pasaba, interpretaba los Profetas á su modo, y á fuerza de comentarios y de estravagancias deducia que la aceptacion de la bula *Unigenitus* era la apostasia predicha en la Escritura, y que los judios iban á convertirse para reparar las pérdidas de la Iglesia. Supo inspirar estas ideas á sus discípulos, las que fermentando en sus cabezas fervientes y acaloradas con las predicaciones del maestro abortaron los escritos mas caprichosos. No se trató ya entre ellos de otra cosa que de interpretaciones arbitrarias y de



predicciones maravillosas: encontrábanse por do quiera entusiastas llorando la situacion de la Iglesia y no hablando sino de mutaciones. Elías, decian, ha de venir y restablecerlo todo; fijaban el tiempo de su llegada, y poníanse en camino para salirle al encuentro porque no podia ya tardar. La guerra que la bestia, segun el Apocalipsi, habia recibido el poder de hacer á los santos, afirmaban haber evidentemente principiado en la declaracion del 24 de Marzo de 1730, y que debia acabarse indubitablemente en Setiembre de 1733. Tales eran los desvaríos en que se embaucaban estos visionarios, y que consignaron en escritos numerosos. Publicóse despues una obra compuesta por un apelante, en que se ponian en claro los estravíos de los figuristas (1). Su autor les echaba en cara su conformidad con la doctrina de los calvinistas sobre la inamisibilidad de la justicia, el trastorno de la perpetuidad y visibilidad de la Iglesia, y la locura de creer casi consumada la apostasia. „Así es, dice, que si apelan al concilio, no es propiamente hablando sino por una especie de fórmula exterior, porque no creen que un concilio, en el estado presente en que se halla la Iglesia, pueda remediar los males que sufre. Estos males no tendrán, segun ellos, otro término que el regreso de los judíos: hasta entonces es preciso que crezcan y lleguen á la medida que debe consumir la reprobacion de los gentiles.

El profundo desprecio de toda autoridad que animaba á los jansenistas, habíales dispuesto á todas las ilusiones

(1) *Cuestiones sobre el origen y progresos de las convulsiones.*

del espíritu de mentira; y el desorden de su imaginacion se acomodó fácilmente al delirio de las convulsiones y á las estravagancias de estas escenas escandalosas. Por los meses de Julio y Agosto de 1731 fue cuando principiaron aquellas ridículas farsas en el cementerio de San Medardo. Reunidos los gefes del partido para deliberar contra el mandato del arzobispo de Paris que declaraba falso el milagro de Ana Le-Franc, fueron de dictámen (1) que era preciso destruir el efecto de la declaracion con algun golpe ruidoso, para lo cual nada seria mas eficaz que un nuevo milagro. Presentóse en consecuencia uno de ellos, llamado Bescherand, sobre el sepulcro del diácono, no dudando que su enfermedad (estaba cojo) desaparecería al fin de la novena; mas pasáronse dos y su pierna no se enderezaba. Acometiéronle entonces las convulsiones, movimientos violentos, saltos, ímpetus y agitaciones furiosas. Tal era el carácter de esta suerte de escenas, sobre las que decidió el partido que equivalian al milagro esperado. Mientras que Bescherand divertia de este modo á la caterva de curiosos, describian sus cólegas esactamente todas las variantes de sus convulsiones, y remitian despues su relacion á las provincias. Entretanto el cojo quedaba siempre en el mismo estado; no porque no se obrasen en su pierna mudanzas notables, pues hubo ocasion en que se atestiguó que á fuerza de saltar se habia alargado la pierna una línea, prodigio de que tuvo gran cuidado la secta de instruir al público con pomposos escritos. Duró largo tiempo el

(1) *Diario de las convuls. por Mad. Mol.*



espectáculo que ofrecia este convulsionario acudiendo todos los dias á ponerse sobre el sepulcro, donde (representando á la Iglesia porque no temia la secta aplicarle estas palabras: *personam gerit Ecclesie*) se desnudaba y volvía á principiar sus agitaciones y saltos. Mas las alabanzas que se tributaban á aquel loco ridículo, y el acogimiento y caricias que recibia, hicieron nacer en otros el deseo de tener convulsiones. Tuviéronlas en efecto; propagóse la locura, y el sepulcro vino á ser un teatro donde acudian enfermos y sanos aspirando con ansia á la ventaja de ser convulsionarios. Veíanse hombres, no guardando de sus vestidos sino lo que absolutamente no se podian quitar, agitarse como furiosos. Abandonábanse las mugeres á las sacudidas mas violentas, unas veces sentadas sobre las rodillas de los hombres y otras derechas entre sus brazos, porque no osaban dejarlas entregadas á sí mismas por el temor, decian, de que acabasen con sus propias vidas. Infierase de aquí cuál era el espíritu que las agitaba. En fin, mas de cien convulsionarios, cuyo número fue aumentando con el tiempo, de toda edad y sexo corrían, gritaban, ahullaban y hacían mil extravagancias atrayendo una multitud inmensa de curiosos que llenaban el cementerio y los lugares circunvecinos ambicionando todos el honor de hallarse mas cerca del sepulcro. Este concurso y el tumulto que era consiguiente, llamaron la atencion del gobierno que no ignorando los discursos y proyectos de los convulsionarios, mandó cerrar la puerta del cementerio, y poner guardias al rededor para impedir con la fuerza armada que se repitiesen semejantes escenas.

Fácil es concebir los murmullos y quejas que escitó esta medida; un libelista del partido esclamaba con esta ocasion (1): *¡un Rey de la tierra querer imponer silencio al Dios Todopoderoso!* No obstante, dejaron de aparecer en público los convulsionarios, mas no por ello se privó totalmente la secta de este espectáculo interesante. Repitiéronse las escenas en casas particulares, y no tuvieron menos crédito las convulsiones sobre este nuevo teatro hasta que produjeron la intestina division de la secta en convulsionarios y anti-convulsionarios. Con el tiempo se subdividieron los primeros en *agustinistas, vaillantistas, secouristas, discernientes, figuristas, mezclistas* y otros semejantes miembros dignos de colocarse al lado de los *umbilicales, iscarriotistas, stercoranistas, indorfianos, orebitas* y otras sectas igualmente ilustres. Por último refugiáronse algunos convulsionarios á Inglaterra, donde se confundieron con los profetas de Cevennes, terminando así este acceso de demencia (2).

21. Mientras que se representaban las escenas de San Medardo, publicó la secta, entre otros, tres libelos con el título de Vida del diácono Páris. Decían en ellos los partidarios del cisma y del error que el cuerpo episcopal engañaba á la Iglesia; que no pertenecía á la Silla apostólica ni tampoco á la congregacion de los pastores dar reglas en materia de fe, y que la enseñanza de la verdad no procedía ya del ministerio de los apóstoles y de sus sucesores, sino solamente del diácono Páris á

(1) *Nouvelle Ecclesiastique* 1732.

(1) *Schaftsbury. Carta sobre el entusiasmo, sec. 3. p. 23.*